

LOS EFECTOS DE MEDELLIN EN LA PASTORAL LATINOAMERICANA DE 1968 A 1990

Julio Jaramillo M.*

La celebración de la próxima asamblea episcopal latinoamericana a efectuarse durante el año en curso pone en tensión el esfuerzo del pensamiento teológico para indagar sobre las líneas que vienen recorriendo los tiempos y que van alcanzando solidez en la vida de la Iglesia. En todo acto presente es menester buscar la savia que lo ha fecundado a partir de los esfuerzos previos. La directriz episcopal que recibirá el continente por boca de los preladados que asistan a Santo Domingo sabrá integrar aquello que Medellín, en 1968, supo colocar como huella salvífica en ese entonces y que por lo mismo sigue iluminando hoy el afán pastoral.

Las líneas que siguen representan un intento por mostrar aquello que de la Segunda Asamblea del Episcopado ha surtido un efecto en el momento evangelizador seguido desde entonces. Comprende esta reflexión un acercamiento a seis puntos. Son ellos:

- la visión sobre el mundo;
- la libertad del hombre;
- la promoción humana;
- los signos de los tiempos;
- los pobres;
- las comunidades eclesiales de base.

1. LA VISION SOBRE EL MUNDO Y SU INCIDENCIA EN LA PASTORAL

Medellín ha concretado en el pensamiento eclesial y en la acción pastoral una visión sobre el mundo. El surgimiento de ésta tiene la complejidad que le dan las diversas raíces que lo venían gestando; y la audacia que le otorga el cambio que ha impuesto en la forma de mirar los hechos de la historia. Se ha venido éste imponiendo poco a poco hasta tomar cuerpo en el quehacer de la evangelización.

* Doctor en teología. Rector del Instituto Teológico Pastoral del CELAM. Colombiano.

Visión vigente sobre el mundo

La cultura que imperaba antes de Medellín en América Latina tenía un énfasis cosmológico muy marcado por el teo-centrismo medieval, determinado por cierta religiosidad popular, imperante en la región que veía al mundo bajo una óptica más estática que histórica, más como algo dado que como algo en proceso de hacerse. En toda esta cosmovisión jugaba papel preponderante la perspectiva teológica de mirar el mundo: así lo había hecho Dios y así lo mantenía.

El cosmos había tenido siempre una presencia fuerte en la vida religiosa de los pueblos, pero mirado más como naturaleza que como configuración a cargo del hombre con toda la trama histórica que esta conlleva. De ahí que a menudo dichas cosmovisiones fueran tildadas con el correr de los tiempos como ingenuas y simples, por decir lo menos, pues con mayor tenacidad se les endilga su tono pre-científico y su carencia de criticidad.

Aquel énfasis tenía un estímulo en el dualismo terreno-celeste que incentivando el interés por lo segundo mermaba la preocupación por lo primero. Este dualismo es hijo de algunas concepciones teológicas con claras influencias maniqueas derivadas unas veces de interpretaciones hechas al pensamiento paulino y otras de enfoques moralizantes que desvirtuaban ya la corporeidad humana ya la realidad misma material que da consistencia al mundo. La contraposición espíritu-materia, como se sabe, ha alimentado largamente determinadas cosmovisiones y antropologías.

Este esquema padece su crisis cultural en el Iluminismo europeo. Al interior de la Iglesia encuentra su corte histórico en la doctrina del Concilio Vaticano II y muy en concreto en la Constitución Gozo y Esperanza. Asume ésta en su numeral 36 el explícito concepto de *secularización*. Sus palabras son:

Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador. Pues, por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte (GS 36).

Visión sobre el mundo en Medellín

Medellín es heredero de este marco teórico por un lado y de la subsiguiente tarea por otro: leer la realidad con sentido analítico y crítico para buscar en ella la huella que los hombres han dejado.

Medellín toma esta línea de pensamiento y la concreta en los siguientes términos:

- Tiene una visión de mundo en la cual éste: es el marco de la solidaridad humana; está constituido por la trama de acontecimientos y de hechos; encierra una dimensión histórica (Laicos n. 9).
- Cree que mundo es un "orden temporal por construir" (Laicos n. 8-9).
- Plantea que es necesario: "un contacto inteligente con la realidad" (Sacerdotes n. 17) de tal forma que "de este contacto resulte una presencia en el mundo (del sacerdote) más que una segregación de él" (Sacerdotes n. 17).

Medellín ha representado pues un corte en la óptica que se tenía antes sobre el mundo. Las implicaciones de esta nueva visión son grandes tanto en el documento mismo como en el proceso que desencadenó. En el documento, en cuanto la realidad del mundo, el cómo aparece éste, encabeza la reflexión sobre los distintos tópicos abarcados por él. En las derivaciones del documento, porque a partir de entonces se ha seguido teniendo en cuenta la configuración cósmica como parte integrante de la pastoral. El método del ver, del juzgar y del actuar, como recurso pastoral, ha visto su génesis en la cosmovisión referida.

Consecuencias pastorales.

Medellín ha significado una novedad en la relación de la Iglesia con el mundo. Es bueno precisar el sentido de dicha novedad. No se trata, en efecto, de afirmar que antes de Medellín no se tuviera el vínculo entre acción eclesial y realidad cósmica. De hecho se tenía y se vivía con intensidad como ya se manifestó. La dimensión novedosa radica más bien en la forma de concebir la realidad que se introduce con el documento de Medellín. Esta es percibida bajo unos parámetros de orden histórico y dentro de unas exigencias interpretativas tanto teológicas: lo que Dios espera y desea del mundo como antropológicas: el mundo va siendo lo que el hombre edifica y construye en él.

Si se piensa finalmente en las líneas pastorales que se derivan de lo expuesto hasta ahora se requiere enunciar lo siguiente:

- La pastoral tendrá que decantar y purificar las maneras como se mira desde la fe del pueblo la realidad del mundo. Ni aceptar calladamente el clamor del mero cientifismo ni dar por un hecho plenamente acorde con la revelación un cierto pietismo sobre el mundo, a partir de un exclusivo sentimiento religioso. Es menester saber conjugar ambas vertientes.
- La pastoral tendrá que educar al cristiano para que asuma con seriedad

su tarea en el ordenamiento del mundo. Cuando éste alcance el orden deseado por Dios, se podrá hablar de un estado de madurez en la fe de los creyentes.

- Imperativo urgente para la evangelización es el diálogo entre la fe y la ciencia en el campo de las cosmovisiones. Con frecuencia inusitada, éstas son la causa del ateísmo y de las indiferencias religiosas. Un adecuado anuncio del evangelio en este campo llevará a la conjunción entre el orden creacional, el de Dios, y el construido, el de los hombres.

2. MENSAJE SOBRE LA LIBERTAD DE LOS HOMBRES.

Medellín se plantea, como respuesta a la situación de pobreza que viven los hombres, la necesidad de afirmar la libertad humana. Pero como no es una libertad neutra sino a partir de una situación vivida o mejor padecida, entonces de lo que se trata es de alcanzar la libertad, de liberar las libertades. Nuevamente se refiere a un proceso y en este caso con un desarrollo histórico. No se aboga simplemente por unas condiciones materiales ni tampoco es un grito retórico clamando por un ideal; es la concientización del verdadero proyecto existencial que se teje con los hilos de la libertad.

Fenomenología antropológica sobre la liberación

La necesidad de la liberación nace del "sordo clamor que brota de millones de hombres pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte" (Pobreza de la Iglesia n. 2).

Recordemos las características del momento actual: desde el punto de vista subjetivo: la toma de conciencia de esta misma situación que provocó en amplios sectores de la población actitudes de protesta y aspiraciones de liberación, desarrollo y justicia social (Laicos n. 2).

América Latina está evidentemente bajo el signo de la transformación (...). Epoca histórica de nuestro continente llena de un anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva (Introducción a conclusiones n. 4).

Cabe una pregunta ¿Esta liberación es algo impuesto por la pastoral? No. Ella brota, en el sentir de Medellín, de la angustia misma del pueblo y lo que la pastoral hace es percibir aquel clamor para intentar disiparlo.

Aún más, el clamor por la liberación es asumido por la pastoral en cuanto brota del pueblo de Dios. "Pueblo de Dios" es un término teológico revaluado por el Concilio Vaticano en su Constitución dogmática sobre la Iglesia. Pero ese término

se apoya en la vivencia de los hombres. Tiene pues un claro apoyo en el hombre desde una perspectiva existencial-religiosa.

Concebir a los hombres como pueblo de Dios implica buscar en la historia de ellos las huellas o las señales de Dios para confrontarlas con los datos de la revelación. Cuando la pastoral se entiende como escucha de la historia humana para captar allí la irradiación de lo divino, se experimenta exigida de oír el clamor que brota desde el pueblo.

La anterior noción de pueblo fundamenta tanto las peculiaridades histórico-geográficas de la pastoral como las variantes de la misma: ecumenismo, diálogo fe-ciencia, relación fe-cultura, etc.

Medellín entonces significa una respuesta al anhelo de liberación del pueblo. Esa necesidad de liberación es un hecho constatable en el pueblo. El hombre quiere hacerla a partir de una mayor conciencia que va teniendo sobre sí mismo.

Medellín representa pues una toma de conciencia, por parte de la evangelización y de la pastoral, de esa realidad antropológica. En este sentido el mensaje de Medellín representa:

- la condensación pastoral de la vivencia liberadora del hombre;
- una invitación para que ese proceso se fortifique y se enriquezca dentro de la pastoral eclesial;
- un esfuerzo por hacer de aquella, la pastoral, una respuesta a las situaciones del hombre. En esta perspectiva el mensaje de Medellín está cargado de amor y de predilección por el hombre. Era algo novedoso pero a la vez normal. Novedoso por su aparición en la vida histórica de esta Iglesia pero normal porque las nuevas condiciones bíblicas, teológicas y eclesiales iban conduciendo los pasos de la Iglesia a esta opción;
- una apertura de puertas para que el proceso de liberación en la vida eclesial tomara "cuerpo social".

Planteamiento teológico de Medellín sobre la liberación.

Medellín no se limita a mirar la necesidad de la liberación desde una perspectiva meramente inmanente como si se agotara en un sociologismo liberador. Su planteamiento es de orden teológico. Las principales líneas al respecto son:

Aspecto estrictamente teológico (referido a Dios Padre)

El documento de Medellín dice al respecto:

La Iglesia Latinoamericana tiene un mensaje para todos los hombres que en esta continente tienen hambre y sed de justicia. El mismo Dios que crea al hombre a su Imagen y Semejanza, crea la tierra y todo lo que en ella se contiene para uso de todos los hombres y de todos los pueblos de modo que los bienes creados puedan llegar a todos en forma más justa y les da poder para que solidariamente transformen y perfeccionen el mundo (Justicia n. 3).

En esta óptica creacional es necesario decir que el orden de las cosas terrenas se vuelve significante de un algo superior, de los designios de Dios que buscan favorecer y beneficiar a todo ser humano (Cfr. Liturgia n. 4).

Para ahondar en el tema se requiere leer el documento sobre catequesis. Allí se expresa lo siguiente:

De acuerdo con esta teología de la Revelación, la catequesis debe asumir totalmente las angustias y esperanzas del hombre de hoy a fin de ofrecerle las posibilidades de una liberación plena o salvación integral (...). Las situaciones históricas deben ser interpretadas, dentro de un contexto actual, a la luz de las experiencias vivenciales del pueblo de Israel (Catequesis n. 6).

Con base en lo anterior es justo concluir que Medellín al leer la situación se apoya en la primera concreción histórica de la salvación, la de Israel, para detectar allí el plan de Dios como plantilla interpretativa sobre la realidad del pueblo. En fidelidad a tal directriz es preciso anotar que si bien la realidad es centro de preocupación para la pastoral de Medellín, ella no se agota en sí misma, puesto que es leída desde la óptica teológica propiciada por el designio salvífico del Padre Celestial.

Aspecto Cristológico

Los hechos de la salvación propiciados por el Padre se concretan en la vida de Jesús. Sobre el aporte de Este al gesto liberador del Padre se pronuncia Medellín en estos términos:

El documento sobre Justicia dice:

Es el mismo Dios quien en la plenitud de los tiempos, envía a su Hijo para que hecho carne, venga a liberar a todos los hombres de todas las servidumbres a que los tiene sometido el pecado (...); en una palabra, la injusticia y el odio que tienen su origen en el egoísmo humano (Justicia n.3).

¿Cómo realiza Cristo esta misión liberadora de la humanidad? Esta pregunta compromete el mensaje que la Iglesia debe proclamar a los hombres. En respuesta a ese interrogante el mensaje de Medellín se pronuncia diciendo que el Hijo del Padre ha actuado entre los hombres amando a los pobres, haciéndose pobre no

obstante su condición de Dios, viviendo en pobreza personal, centrando su misión en el anuncio del evangelio a los pobres, fundando su Iglesia como signo de su pobreza. (Cfr. Pobreza de la Iglesia n. 7).

La misión de Cristo y la forma como se ha realizado se han vuelto en la historia un llamamiento y un cuestionamiento. Llamamiento a la liberación (Cfr. Justicia n. 3) de quienes están esclavos del pecado y cuestionamiento a esas formas de esclavitud: ignorancia, hambre, miseria y opresión. (Cfr. Justicia n. 3).

Lo obrado entonces por Cristo es ya una primera experiencia de libertad y de liberación. Por ello: "Cristo es la meta que el designio de Dios establece al desarrollo del hombre" (Educación n. 9). para que:

- a) todos alcancemos la estatura del hombre perfecto (Cfr. Educación n. 9);
- b) todo crecimiento en humanidad nos acerque a reproducir la Imagen del Hijo para que El sea el primogénito entre muchos hermanos. (Cfr. Rm 8,29)". (Cfr. Educación n. 9).

En síntesis: Medellín presenta a Cristo y en Cristo un anticipo y un modelo de libertad. Luego: el hombre debe acercarse a Cristo para tomarlo como paradigma de su realización histórica pues

sólo a la luz de Cristo se esclarece verdaderamente el misterio del hombre. En la historia de salvación la obra divina es una acción de liberación integral y de promoción del hombre en toda su dimensión que tiene como único móvil el amor (Justicia n. 4).

La ascensión en la fe de Cristo por parte de los creyentes se torna, en el curso de los acontecimientos históricos, como el dinamismo que lleva a realizar la justicia a todo hombre y que ofrece como signo de eficacia la libertad humana. (Cfr. Justicia n. 4).

El hombre comulga con Dios, ¿para qué? para aprender a comulgar con el hombre. Porque el Dios con el que se comulga es un Dios que enseña a comulgar con los hombres pues "Aquella (la comunión con Dios) es la razón de ser de ésta (la comunión entre los hombres)." (Liturgia n. 3).

Queda claro que la vertiente liberadora de Medellín es vista dentro de una clara y definida coyuntura histórica, la marcada por los factores sociales del momento, pero no es menos claro que la lente desde la cual se hace la interpretación de la necesidad liberadora es estrictamente religiosa, en virtud de los aspectos teológicos y cristológicos antes expuestos.

Consecuencias teológicas y pastorales.

Medellín ha introducido en la vida eclesial un pregón sobre la libertad del hombre. Es anuncio que necesita entenderse como inicio de caminos. La materialización de estos depende de la vitalidad que el quehacer teológico y pastoral tenga y realice. Convenga, para el caso, enunciar algunas de las dimensiones que se han derivado de la ofrecido por el documento de Medellín.

- La profundización de los estudios bíblicos y teológicos sobre la libertad del hombre como algo querido e intentado por Dios. Este discurrir teológico ha acontecido tanto a nivel de estudiosos sobre el tema como a nivel de declaraciones magisteriales.
- El hombre requiere dentro de su vivencia de libertad saber conjugar el sentido de ella y lo postulado por la persona de Jesucristo sobre la misma. Tal empalme hará de la libertad personal una respuesta al anuncio del Evangelio. Será entonces función específica de la vida pastoral, propiciar y estimular este encuentro.
- Se torna apremiante para la vida pastoral la misión de enfocar sus empeños en una educación de los hombres para que ellos descubran en el texto de la Escritura un mensaje para sus libertades. Implica este esfuerzo la paulatina abolición de las circunstancias diversas en las cuales la libertad humana se siente disminuida por culpa de las estructuras que la humanidad va creando, organizando y manteniendo.
- Al interior de la vida teológica se ha derivado de Medellín el proceso de la llamada 'teología de la liberación'. No es el momento para analizar las dimensiones de ésta. Pero es un hecho que a partir del mensaje profético de Medellín se da comienzo en la vida eclesial latinoamericana a dicho sendero.

¿Cómo elaborar este discurso teológico sobre la libertad? Frente a esta inquietud las respuestas han sido múltiples y diversas y han estado cargadas de innumerables factores. En esta diversidad es donde surgen corrientes de pensamiento y de líneas de acción; interpretaciones de la Escritura y diálogos con otras áreas del conocimiento; movimientos y tendencias. La historia teológica y pastoral de la Iglesia en las décadas de los años 70 y 80 es testigo de esas tareas.

En una palabra: el clamor de liberación de Medellín entró a la historia de la Iglesia y allí ha vivido lo que todo proceso que inicia ha de recorrer: iluminaciones y contradicciones, luchas y confrontaciones, momentos de clarificación y de oscuridades. En todo este aspecto no puede olvidarse que gran parte del conflicto ha versado más sobre la pedagogía empleada

que sobre el mensaje mismo en razón de la complejidad que el camino recorre al estar compuesto por elementos disímiles y de no fácil unificación.

3. LA PROMOCION HUMANA

La promoción humana aparece en los documentos de Medellín con una fuerza manifiesta. Así se le percibe tanto en las ponencias que introdujeron las reflexiones como en el conjunto de las conclusiones.

Ambiente sobre la Promoción Humana que precedía a Medellín

Medellín representa un cambio eclesial en el orden antropológico. Se venía, en efecto, de largas tradiciones en las cuales la visual sobre el hombre no siempre fue integral. El hombre fue mirado reiteradamente desde perspectivas dicotomizadas. Unas veces se estableció el dualismo alma-cuerpo, y otras la desequilibrada valoración entre lo espiritual y lo material. Bajo tales ópticas, por sólo citar un ejemplo, se hacía imposible enrutar los esfuerzos pastorales hacia la configuración de la totalidad humana.

Los documentos de la segunda asamblea del episcopado latinoamericano hacen suya tanto la doctrina humanística del Concilio Vaticano II expresada en la Constitución Gozo y esperanza según la cual el hombre tiene que ser visto en la integridad de su ser y tiene que ser asumido como tal por los afanes y por las preocupaciones pastorales (Cfr. GS 3.4.9.14.) como las enseñanzas del Papa Pablo VI en su encíclica *Populorum Progressio*. (Cfr. PP 21.).

Medellín, de otra parte, después de constatar las aflicciones de los hombres del sub-continente parece preguntarse: ¿con qué esquema acepto al hombre que sufre? Su respuesta a este interrogante, apoyada en el punto previo sobre la visión integral de la persona, quiere mostrar la construcción del hombre, la promoción humana como la línea de la acción pastoral.

Alguna coyuntura de tipo histórico no habría de faltar en la iluminación del pensamiento de Medellín. Las reflexiones sobre su propio ser, hechas por el hombre con el subsidio de las ciencias humanas, fueron también creando en las personas una seria aspiración a conocer la verdad sobre sí mismas y a superar momentos de significativos oscurantismos respecto a la propia condición humana.

Este hecho de orden cultural, sumado al devenir de los estudios exegéticos y al evolucionar de las tareas estrictamente teológicas están también tras el telón de las deliberaciones episcopales ocurridas en Medellín. Esta asamblea tiene el valor de retomar aquel proceso y de traducirlo ya en formulaciones conceptuales ya en el desencadenamiento de procesos pastorales.

No era fácil la comprensión de lo expuesto en el momento en que fue pensado y pregonado. No es aún claro por parte de muchas posturas eclesiales la asunción de la promoción humana como vertiente vinculada intrínsecamente a la pastoral. Por lo anterior, es menester reafirmar que esta vertiente teológica y pastoral representa una dimensión profética del episcopado y que la misma tiene todavía un largo y extenso camino para alcanzar un estado de madurez. Fruto de este noble esfuerzo es el énfasis con el cual Puebla retoma el tema bajo el esquema de *la verdad sobre el hombre* y el acento primordial que al mismo se le colocará en la asamblea de Santo Domingo al tomarlo como uno de los puntos centrales de la reflexión por emprender.

Desarrollo sistemático de la doctrina de Medellín sobre la Promoción Humana

La doctrina sobre la promoción humana encuentra en los enunciados de Medellín el siguiente tratamiento:

En el mensaje a los pueblos de América Latina se dice:

A la luz de la fe que profesamos como creyentes, hemos realizado un esfuerzo para descubrir el plan de Dios en los 'signos de nuestros tiempos'. Interpretamos que las aspiraciones mayores de América Latina son signos que revelan la orientación del plan divino operante en el amor redentor de Cristo que funda estas aspiraciones en la conciencia de una solidaridad fraternal.

Por fidelidad a este plan divino, y para responder a las esperanzas puestas en la Iglesia, queremos ofrecer aquello que tenemos como más propio: una visión global del hombre y de la humanidad y la visión integral del hombre latinoamericano en el desarrollo (Medellín. Mensaje a los pueblos de América Latina)

Mientras tanto, en la Introducción a las conclusiones concreta aquel pensamiento antropológico al decir:

América Latina está evidentemente bajo el signo de la transformación y el desarrollo. Transformación que (...) llega a tocar y a transformar todos los niveles del hombre desde el económico hasta el religioso.

Esto indica que estamos en el umbral de una nueva época histórica de nuestro continente, llena de un anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva (Medellín. Introducción a conclusiones n. 4).

La noción de promoción humana está asociada en Medellín a la perspectiva de la realización personal y vinculada a la necesidad que el hombre tiene de los

bienes terrenos. Así lo deja percibir el texto citado cuando dice que la promoción del hombre consiste en "que cada uno se realice a sí mismo y goce de los bienes de la naturaleza." (Formación del clero n. 11).

Esta noción básica de promoción humana conlleva un proceso de evolución. En un afán por dar forma a éste, la siguiente descripción da un aporte rico. "La educación, dice el documento sobre educación, debe basar sus esfuerzos en la personalización, ...profundizando la conciencia de la dignidad humana, favoreciendo su libre auto-determinación y promoviendo su sentido comunitario." (Educación n. 8).

Esta declaración no es accidental dentro del pensamiento total de Medellín. Puede perfectamente complementarse tal mirada con los textos similares ubicados en los siguientes documentos: Paz 14; Educación 10; Pastoral Popular 15; Catequesis 17; Laicos 13; Religiosos 19; Pobreza de la Iglesia 11, Pastoral de Conjunto 10; Familia 5 y Medios de Comunicación Social 6.

Queda puesto, entonces, en evidencia cómo la directriz de la promoción humana está a la base del pensamiento de Medellín y cómo, de la misma manera, no es errado afirmar que tal dimensión caracteriza el hilo conductor en la asamblea episcopal aludida.

Consecuencias teológicas y pastorales

La sistematización de Medellín sobre el tema del humanismo cristiano no tiene el orden lógico que presenta el documento de Puebla, ello es evidente, pero asume con claridad suficiente los principios doctrinales que hasta ese momento era factible poseer.

Se han derivado de allí, entre otras, estas líneas teológicas y pastorales:

- La doctrina social de la Iglesia se ha visto enfrentada a la tarea de estar mirando la condición en que se encuentra la persona humana y en especial las realidades peculiares que la acompañan.
- Es absolutamente justo dejarse llevar de la mano del documento de Medellín para llegar a concluir que la promoción humana, entonces preconizada, tiene un claro y explícito sabor histórico pues consulta la realidad existencial de la persona en el sub-continente, Esto exige una atenta y respetuosa lectura de la acontecimientos en los cuales se sitúa el hombre latinoamericano
- Aquella lectura está pidiendo una búsqueda cada vez más generosa de la respectiva fundamentación bíblica y teológica hasta hacer del mensaje humanístico una clara manifestación del puro kerygma cristiano. Los

pasos recorridos en este sendero muestran una feliz exuberancia y se constituyen en la verificación sobre la validez del mensaje que entonces entregó Medellín.

- El gran enriquecimiento eclesial recibido de Medellín tiene que ser identificado, a nivel de persona, como el esfuerzo, profundo y noble, por hacer de lo humano y de lo humanizante una presencia viva y eficaz de Dios en la historia. Quien así capte y viva su experiencia de hombre estará logrando en su yo a perfecta simbiosis entre lo divino y lo humano, superando por tanto los dualismos entre Fe y Persona para crear los necesarios vínculos entre una y otra dimensión, a la manera que ocurrió en Cristo.

4. LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS.

En el momento de la celebración de Medellín tomaba auge en el mundo interno de la teología la historia de la salvación como eje central de su pensamiento. Del mismo modo surge la necesidad de contemplar (en el sentido místico-religioso de la palabra) los hechos que componen la historia para identificar allí la presencia de Dios y de su plan salvífico. Se está ante un momento teológico urgido de dar concreción a lo divino no en los términos metafísicos y abstractos sino en las dimensiones espacio-temporales que el Israel antaño vivió con generosidad y dinamismo.

La Iglesia estaba en los albores de la asimilación respecto a la doctrina conciliar cuando sucede la reunión de Medellín. Sin embargo la fuerza del Espíritu aleteó las mentes de los prelados allí congregados para descifrar en la constitución Gozo y Esperanza otra fina vertiente de acción pastoral: *Los signos de los tiempos*.

El concilio en efecto se había ocupado del tema y lo había plasmado en el número cuatro de la constitución sobre la acción de la Iglesia en el mundo moderno. Se había dicho allí que por exigencia teológica y pastoral la Iglesia estaba urgida de leer y de interpretar los signos del tiempo. Están estos asociados, como puede verse por el contexto respectivo, con el fenómeno humano. (Cfr. GS 4).

Los signos de los tiempos en Medellín

La herencia de los signos de los tiempos se hace patente en el documento de Medellín. Sea menester aludir al respecto: la ponencia "Los signos de los tiempos en América Latina hoy" presentada por Mons. Marcos Mc.Grath; la ponencia "Interpretación cristiana de los signos del tiempo hoy en América Latina" a cargo de Mons. Eduardo Pironio; la alusión al tema en varias partes del documento de las cuales convenga citar: Introducción a conclusiones n.4, Formación del clero n. 10 y 26, Laicos n.13.

Desde esta primera presentación de signos del tiempo hecha por Medellín se puede deducir lo siguiente:

- Los signos de los tiempos 'están ahí', es decir su presencia en la historia permite su verificación.
- Ellos han de ser identificados como presencia silenciosa y misteriosa del Señor quien va conduciendo los acontecimientos del tiempo hacia la realización de su designio *identificado con el desarrollo de la vocación del hombre*. (Introducción a conclusiones n.4.)
- La tarea entonces de la Iglesia es sentirse llamada por ellos para leerlos, interpretarlos y encauzarlos.
- Representan para el continente la cara opuesta de la angustia. Es obvio que sea así. Ellos son la presencia de un Dios que sólo busca, al mostrarse a los hombres, la condición de bien para éstos. Le están exigiendo a la Iglesia la misión de empeñarse en su promoción como alternativa positiva y eficaz para que la condición doliente del hombre encuentre, en el quehacer pastoral de la comunidad cristiana, una respuesta eficaz.

Cómo encauzar los signos de los tiempos

El asunto de la lectura de los signos del tiempo se torna tarea más expedita si se piensa que ello puede hacerse al interior de la propia Iglesia, pero la misma actividad será más ardua cuando se considere el quehacer misional, pues allí entran a jugar aspectos coyunturales que necesariamente incluyen los hechos históricos y en este caso, a los llamados signos del tiempo.

El momento histórico en el cual acontece Medellín viene marcado con manifestaciones explícitas de violencia. Parecería que estas prestarían su concurso para ayudar a encauzar las huellas de Dios ya enunciadas, sobre todo si se tiene en cuenta que los gemidos de los hombres provenían, en su mayoría, de circunstancias macro muy distantes al orden de las pequeñas terapias. Ante tal situación se creía, históricamente así fue, que el recurso a la violencia ofrecía las condiciones de idoneidad para la reforma de las grandes condiciones generadoras de violencia.

La violencia representaba el recurso armado para la obtención de determinados fines, obedecía a un ímpetu más revolucionario que renovador cuyo fin era a todo trance, y por sobre todas las cosas, cambiar las estructuras.

La constatación histórica de la violencia al tiempo de Medellín se garantiza, ya por grupos contestatarios que la mostraban como línea de acción, ya por hechos concretos como las guerrillas sociales.

Este fenómeno hizo que el Papa Pablo VI al inaugurar la conferencia de

Medellín se refiriera a la violencia como a una tentación del momento para cambiar situaciones asfixiantes pero como a algo contrario al Evangelio por ser ella misma generadora de nuevas situaciones violentas. (Cfr. Pablo VI. Discurso Inaugural. II Parte: Orientaciones Pastorales)

La anterior tentación se agudiza cuando más de un lector de Medellín, al ver allí descrita la situación de América Latina como una condición de Violencia Institucionalizada (Cfr. Paz n.16.), cree descifrar que la respectiva línea de acción fuera la instauración de la violencia. Las coyunturas históricas en las cuales se emiten las palabras y los veredictos siempre darán pie a la equívocidad interpretativa.

El pensamiento de Medellín busca encauzar los signos de los tiempos por otro sendero, por el de la transformación del corazón. El documento de Justicia se refiere a ello de la siguiente forma:

Por eso para nuestra verdadera liberación, todos los hombres necesitamos una profunda conversión a fin de que llegue a nosotros el 'Reino de justicia, de amor y de paz'. El origen de todo menosprecio del hombre, de toda injusticia, debe ser buscado en el desequilibrio interior de la libertad humana, que necesitará siempre, en la historia, una permanente labor de rectificación. La originalidad del mensaje cristiano no consiste directamente en la afirmación de la necesidad de un cambio de estructuras, sino en la insistencia en la conversión del hombre, que exige luego este cambio. No tendremos un continente nuevo sin hombres nuevos, que a la luz del Evangelio sepan ser verdaderamente libres y responsables (Justicia n.3).

En este texto conviene destacar los siguientes elementos como agentes de actividad pastoral para llevar adelante los signos de los tiempos:

- la conversión del corazón es ofrecida como el recurso en la tarea de la promoción humana;
- el origen de la opresión del hombre, de su menosprecio, radica en el desequilibrio de la libertad humana;
- pero: la originalidad del mensaje cristiano no radica en el cambio de estructuras por el cambio de estructuras sino en la transformación del corazón como medio para aquel cambio. Esto significa que será el corazón nuevo, el que ha sido renovado por el Espíritu, quien emprenda la tarea de cambiar lo estructural de la sociedad;
- en consecuencia: 'no habrá continente nuevo si no existen hombres nuevos'. Aquel, en una palabra, es hijo de éstos.

Con esta postura Medellín asigna a la actividad humana, la gestión de asumir

los signos de los tiempos para llevarlos a su perfecta realización. Medellín se sitúa así en consonancia con el postulado bíblico que ubica en el corazón humano el centro de las decisiones. Opta así por el camino pedagógico que fue objeto de los propósitos de Yahvé cuando quiso enfrentar los dolores del pueblo de Israel, mientras padecía en Egipto, por medio de la persona de Moisés - del hombre - para propiciar el cambio.

Consecuencias pastorales

De todo lo expuesto se pueden derivar una serie de actividades que sean respuesta a los signos de los tiempos. Algunas de estas son:

- dada la presencia de los signos del tiempo, colocados en la historia por la voluntad salvífica del Señor, lo que se sigue para la Iglesia es una peculiar atención a ellos. Su fidelidad a Dios estará mediada por la respuesta que dé a aquella presencia de su Señor;
- la gestión de educar en la fe al pueblo cristiano deberá mostrar los signos de los tiempos como términos de comunión entre Dios y el hombre de fe;
- la misión eclesial estará urgida de propiciar con los agentes que hacen y construyen la historia un diálogo acerca de los derroteros que trazan el futuro de los días, para que allí sepan integrar los procesos de humanización y de tecnificación con lo querido al respecto por Dios. Es esta una forma de integrar la dimensión trascendente al mero elemento histórico.

5. LOS POBRES

El Concilio Vaticano II había replanteado a los pastores de la Iglesia una forma de enrutar los esfuerzos pastorales para hacer de ellos un servicio a las necesidades del pueblo de Dios y poseer un peculiar estilo de vida personal, sencillo y discreto, como recurso para comprender el dolor del pueblo y para ser solidario con él. En el origen de esta nueva exigencia subyacía el esfuerzo que se venía haciendo por parte de la exégesis bíblica y de la reflexión teológica para mostrar el compromiso de Dios con las personas sufrientes.

Con el apoyo de tal mentalidad los obispos de América Latina enfrentan los problemas de los seres humanos a ellos confiados por el Señor y en quienes son manifiestas las condiciones de pobreza. Sensibles entonces los pastores al eco conciliar quieren hacer suyos los dolores y los síntomas de pobreza que en sus parcelas se dejan escuchar. Llevados por tal propósito enfrentan el reto de la pobreza. Lo hacen tanto en los diagnósticos de realidad que se encuentran al inicio de algunos de los documentos, como en el documento ~~sobre la pobreza de la Iglesia.~~

Formas de pobreza

Al constatar la pobreza en América Latina el documento de Medellín empieza por decir:

“Existen muchos estudios sobre la situación del hombre latinoamericano. En todos ellos se describe la miseria que margina a grandes grupos humanos” (Justicia n.1).

“En nuestro continente millones de hombres se encuentran marginados de la sociedad e impedidos de alcanzar la plena dimensión de su destino.” (Pastoral de conjunto n. 1).

Hecha esta verificación genérica se pasa a definir qué es la miseria para luego describir algunas de las respectivas situaciones. La miseria es, según Medellín, “la situación de los pobres. Carecen estos de lo indispensable. Se debaten por tanto entre la angustia y la incertidumbre”. (Pobreza de la Iglesia n.3.). Cuando se afirma lo anterior es porque se está mirando con gran realismo el momento del hombre latinoamericano; es porque se le está viendo bajo los parámetros de una antropología existencial e histórica como quedó indicado en renglones previos.

Las explicitaciones de la miseria son analizadas por el documento en dos niveles: uno de corto alcance y otro de mas amplia envergadura.

En el primero de ellos quedan incluidas las siguientes situaciones:

- las familias que no encuentran posibilidades para educar a sus hijos,
- los jóvenes que no alcanzan el ingreso a las aulas escolares,
- las mujeres que reciben un trato desigual al del varón por el hecho de pertenecer al sexo femenino,
- los campesinos que no poseen condiciones justas para su vida ni mercadeo adecuado para sus productos,
- la clase media cuando experimenta que las expectativas de su vida están cerradas,
- los profesionales y los técnicos que deben emigrar de sus propias regiones pues allí no se les presentan oportunidades para el ejercicio de su profesión,
- los artesanos y los industriales que padecen la presión de un sistema económico que los absorbe y no les favorece. (Cfr. Justicia n.3.)

El segundo cobija el área mayor, la de los países. Es palpable la miseria en ellos cuando:

- en lo económico se implantan sistemas que sólo dan perspectivas al sector de alto poder adquisitivo,
- en lo cultural la superposición de culturas se vuelve motivo para la

- desaparición o menoscabo de algunas de ellas,
- en lo político la inestabilidad de los sistemas que rigen el destino de los países y la aparición de unos órdenes políticos más de orden formal que real.

Esta serie de situaciones van mostrando, a la historia del momento latinoamericano, que unas estructuras injustas son las que caracterizan las coyunturas del tiempo (Cfr. Justicia n.2. y Laicos n.2)

Reflexión sistemática sobre la pobreza

Medellín, como es bien sabido, ofrece en el documento ‘Pobreza de la Iglesia’ la síntesis de su pensamiento sobre ese tópico. Para un lector actual de Medellín aquel documento parece normal por la fuerza que ha tomado en la vida eclesial el compromiso con el hombre pobre; para un lector de 1968, año de la celebración de la segunda asamblea del episcopado, un tratamiento al tema de la pobreza como el que se ofrece en este documento resulta original, novedoso y profético. Se colocaron allí las bases para un proceso que al avanzar ha madurado, pero que aún continua en búsqueda de mayores y más ricas perspectivas, tanto teológicas como pastorales.

El citado documento fundamenta su postura en la enseñanza acerca de Cristo. Las palabras pertinentes son:

Cristo nuestro Salvador no sólo amó a los pobres, sino que ‘siendo rico se hizo pobre’, vivió en la pobreza, centró su misión en el anuncio a los pobres de su liberación y fundó su Iglesia como signo de esa pobreza entre los hombres (Pobreza de la Iglesia n. 7).

A la sombra de esta imagen propiciada por el Salvador, Medellín asume la pobreza bajo una triple óptica: la pobreza material, la pobreza de espíritu y la pobreza pastoral. (Cfr. Pobreza de la Iglesia n.4)

Bajo la primera se concibe la carencia de bienes que afecta a aquellos millones de latinoamericanos que padecen la condición de miseria arriba enunciada.

Bajo la segunda se abarca la actitud de los creyentes en virtud de la cual se está, en medio de la pobreza misma, con el corazón disponible a Dios para enfrentar las situaciones históricas según sus designios.

Bajo la tercera se desea abarcar el compromiso de la acción eclesial en favor de los momentos de pobreza que agobian los rostros de los hombres.

Desde esta triple óptica la Iglesia tiene que:

- denunciar como injusta la carencia de bienes,
- predicar y vivir la pobreza de espíritu,
- comprometerse ella misma en la pobreza material, porque "la pobreza de la Iglesia es en efecto una constante de la historia de la salvación" (Pobreza de la Iglesia n.5). Por este motivo la Iglesia experimenta la urgencia de traducir ese espíritu de pobreza en gestos, actitudes y normas que la hagan un signo lúcido y auténtico del Señor. (Cfr. Pobreza de la Iglesia n.7). Es, en una palabra, adquirir el compromiso de emprender una gestión evangelizadora con el pobre como destinatario de ella. Medellín empieza así a echar las bases para un compromiso preferencial con los pobres como meta de la evangelización. (Cfr. Pobreza de la Iglesia n.9.)

La misión entonces de vivir la pobreza es a la vez signo y compromiso. En virtud de lo primero se le muestra al mundo el valor del hombre a los ojos de Dios y en virtud de lo segundo, se vive el compromiso como muestra de solidaridad con quienes sufren en su propia carne los rigores de la penuria (Cfr. Pobreza de la Iglesia n.7). La vivencia de esta solidaridad le significa a la Iglesia hacer suyos los problemas y las luchas de los pobres. Con este paso se propicia el tránsito del mero asistencialismo en favor de los pobres que tuvo una fuerte vigencia durante muchos años en la historia eclesial, hacia la gestión del testimonio propiciado por una Iglesia que al hacerse pobre empezaba a dar un testimonio de vida austera y sencilla, de ser y de vivir como el pobre.

Este momento testimonial tampoco se agota en él mismo. El documento lo trasciende cuando en el numeral 11 afirma que la cercanía al hombre pobre le debe propiciar a él un respeto por su condición humana y una capacidad para ayudarse a sí mismo. (Cfr. Pobreza de la Iglesia n.11.).

Consecuencias Pastorales

Desde lo expuesto es factible colegir una serie de efectos pastorales. Algunos de estos son:

- La opción por el pobre ha comenzado a recorrer un sendero en la vida eclesial. Ella ha sido génesis de posturas prácticas en la acción pastoral y de pronunciamientos en las declaraciones y en los textos magisteriales. Su ámbito se ha extendido más allá de los fronteras latinoamericanas y empieza a dar identidad al quehacer de la Iglesia que habita este subcontinente.
- Una nueva relación se ha establecido entre las virtudes de la justicia y la caridad. A la primera se la coloca en la base de la segunda. Ella, le muestra a ésta, los derechos a ser reconocidos; lo obrado por el amor cristiano empieza a desplegar la realización de aquellos. Esta bella simbiosis de virtudes cristianas dan madurez y florecencia a la experiencia cristiana.

Las formas asistenciales de servicio al hombre pobre, siempre necesarias e indispensables, quedan encuadradas en los términos arriba expuestos, de forma que ellas no se limitan a socorrer situaciones extremas sino que además y preferencialmente, han de ser promotoras de dignidad humana.

La forma, en fin, de mirar al pobre sufre un cambio radical ya que se le mira como el primer beneficiario del Evangelio y la instancia querida por Dios, para comunicar su palabra salvífica a todo ser humano. Más de un criterio peyorativo sobre el hombre desvalido queda cuestionado a partir de lo presentado por Medellín.

6. LAS COMUNIDADES ECLESIALES DE BASE

La comunidad eclesial experimentaba en tiempos de la asamblea episcopal, la urgencia de una renovación en su interior. Así lo había dictaminado el Concilio Vaticano II y así lo percibía la Iglesia Latinoamericana.

Medellín enfrenta tal gestión. Como fruto de ello ofrece el documento *Pastoral de Conjunto* donde ubica su atención y su preocupación tanto doctrinal como pastoral en la renovación de la vivencia eclesial.

Mas no sólo lo anterior. Medellín se enfrenta con la realidad latinoamericana cargada de situaciones de aflicción para las personas, generadas por una serie de estructuras no siempre acordes con la dignidad humana. Ha hecho suya, por otra parte, la visual sobre los hombres en donde se les mira en su integridad como personas, sin dualismos antropológicos tan corrientes en épocas eclesiales recientes al propio Medellín, y en donde igualmente se les relaciona con las estructuras sociales derivadas de sus decisiones. Ambos factores están presentes y actuantes cuando se trata de mirar la realidad.

Aspecto teológico de la Iglesia

El postulado teórico sobre la renovación de la Iglesia se apoya en dos principios básicos: el de la comunión y el de la catolicidad. (Cfr. *Pastoral de Conjunto* n. 5). El primero de ellos está sustentado en la comunión intratrinitaria. Es ésta el modelo y el ejemplo de la comunidad que han de formar los hombres. Medellín asume dicha comunión como punto de partida para la tarea que tienen los creyentes de vivir su experiencia cristiana y que ha de abarcar estos momentos:

- participar en la común dignidad de hijos de Dios.
- compartir la responsabilidad de la fe.
- trabajar para la eficacia del testimonio cristiano.
- constituir la fraternidad propia de quienes tienen un único Padre. (Cfr. *Pastoral de Conjunto* n. 5). El segundo refiere a la indispensable apertura

que cada comunidad cristiana debe tener respecto a la *gran comunidad eclesial* en tal forma que ninguna de aquella se cierre en sí misma. (Pastoral de Conjunto n. 8).

Con estos postulados como puntales para la renovación eclesial el documento en referencia presenta la necesidad de acoplar las estructuras de la comunidad cristiana a las exigencias de las situaciones históricas concretas. (Cfr. Pastoral de Conjunto n. 5).

Las Comunidades Eclesiales de Base

Desde lo anterior y en un esfuerzo por encontrar caminos que habiliten para que la comunidad cristiana concrete su nueva manera de expresarse, Medellín identifica en las comunidades eclesiales de base la vivencia de la comunión a la cual ha sido llamado el creyente en Cristo. Así las describe el documento arriba citado: "es un comunidad local o ambiental, que corresponde a la realidad de un grupo homogéneo y tiene una dimensión tal que permite el trato fraterno entre sus miembros" (Pastoral de Conjunto n. 10).

En la existencia de estos grupo homogéneos la Iglesia tiene que cumplir la tarea específica de constituirlas en 'familia de Dios'.

Así conducidas llegarán ellas a tener un papel primordial en la vida de los pueblos pues les corresponderá ser un fermento de fe, de esperanza y de caridad. Llegados a este punto ellas empiezan a ser el primer núcleo eclesial. Será entonces función propia de éste la irradiación misional del mensaje evangelizador.

La labor apostólica de estas comunidades ha de abarcar tanto la persona del creyente como la vida de la sociedad. En virtud de lo primero los miembros de las comunidades han de ejercitar las funciones que Dios les ha encomendado, las sacerdotales, las proféticas y las regias (Cfr. Pastoral de Conjunto n. 11). En gracia de lo segundo serán el recurso idóneo para actuar con eficacia en la transformación de la sociedad hacia un orden que fomente y mantenga la paz (Paz n. 27). Como tales, como organismos al alcance de las personas, son la instancia apropiada para que los hombres que las componen puedan alcanzar un nivel de participación en la sociedad que les rodea hasta desempeñar allí una gestión eficaz en la transformación social, económica, política y religiosa de los pueblos (Cfr. Educación n. 11 y Justicia n. 20) sin el recurso de la violencia como herramienta (Cfr. Paz n. 16).

Apreciación pastoral

Es innegable que el clamor de Medellín ante una realidad dolorosa como es la de América Latina ha abarcado el desorden institucional que se manifiesta en las variadas estructuras sociales. En un esfuerzo honesto y honrado por encontrar

alternativas positivas respecto a aquello la iniciativa pastoral de los obispos se acerca al tema de la comunidades eclesiales de base como a la posible aparición del organismo estructural que, suplantando el enunciado, fomente el orden deseado por el Evangelio, el que haga justicia a los hombres. (Justicia n. 17 y Paz n. 18).

Han de ver su florecimiento estas comunidades en aquellas áreas de la vida humana que más de cerca tocan la fibra humana o que más tengan que ver con la suerte de los hombres. Han entonces de surgir en la familia y entre los sectores profesionales, en el mundo campesino y en el trabajo de los políticos, en el mundo de la empresa y de la economía, abarcando tanto a los trabajadores como a los hombres de la ciencia y de la conducción industrial y también, porque no, en la organización eclesial. (Cfr. Mensaje a los pueblos de América Latina.)

CONCLUSION

Medellín, con una existencia ya cercana a los cinco lustros, ha abierto un sendero al misterio de la Iglesia del cual todavía se sigue respirando un aire vivificante. Sigue en esto la huella del Vaticano II que también aireó de tal modo el vigor del pueblo de Dios que aún hoy se percibe su efecto.

El momento eclesial posterior a Medellín ha asumido lo allí planteado. En unas ocasiones lo ha ahondado; en otras, lo ha complementado; en algunas, lo ha ayudado a sistematizar. Pero es innegable su presencia y su dinamismo en los tiempos que le han seguido.

Puebla retomó y amplió la visual sobre la relación entre evangelio y pobreza hasta hacerla motivo de opción pastoral preferencial. La próxima reunión del episcopado en Santo Domingo retomará las líneas de la promoción humana y al hacerlo mostrará las raíces que al respecto le ofreció la segunda conferencia del episcopado. Esta unidad de pensamiento y de acción son síntomas de una peculiar presencia del Espíritu en la vivencia episcopal de Medellín, pues desde allí renovó el rostro de su Iglesia como en la mañana feliz y próspera de Pentecostés.